

LEONEL PLASENCIA MONTES

Por:

Dr. JOSE M. MARTINEZ

Esta noche quisiéramos que se nos permitiese el lujo espiritual de no ofrecer una conferencia a la manera usual. Desearíamos dar a nuestras palabras un tono más íntimo, como si tuviéramos la sencillez expresiva de quien os contara un cuento. Plasencia está unido a nosotros, a nuestra vida, a nuestro espíritu con tan honda ligadura que no podríamos acercarnos a su recuerdo en otra actitud que no fuese íntima y sencilla. Quisiéramos así, hablaros esta noche en aquella forma despreocupada y cordial del caminante de las viejas estampas, que echa a un lado sus alforjas, sacude un poco el polvo del camino y se sienta a la vera del hogar para haceros la narración de una aventura. De una aventura que vivió hace años, al encontrar por el camino el luminoso espíritu de un hombre que fue lección, lección de ciencia, de bondad, de humilde sencillez, de elevación continuada, de constante superación. Así os lo diremos todo como si él, por escucharnos, nos diese también la tónica vocal.

Pero es que tampoco podríamos evocarlo a nuestro antojo, si normas de técnica nos detuviesen la expresión espontánea y suelta, o nos desviasen del propósito que es meta y término para este recuerdo.

Es bien sabido que apenas nos asomamos a lo biográfico ya podemos sentir el influjo de la moda literaria. Fue casi ayer cuando un agudísimo pensador español —Ortega y Gasset— pedía un Goethe desde dentro, para verlo sin forma y mirar así su contenido interior. Fue ayer también cuando André Maurois dio a lo biográfico una concepción científica. Hoy sabemos que este modo literario, que barbuceaba en la canción de gesta tiene sus normas

ya fijadas por la psicología moderna, que ha logrado hacer del estudio de una vida un hecho técnico de altas complicaciones ajustadas y precisas, pero nosotros nos damos esta noche el lujo de sentirnos libres y allá nos vamos a buscar lo heroico a la manera antigua, en la escuela de lo ejemplar, como si pretendiésemos encontrar el paradigma humano y como si viviésemos ahora en los remotos tiempos de Plutarco. Es el culto al hombre lo que pretendemos vivificar, como si quisiéramos forjar un símbolo para seguirlo hacia una victoria. Nos empeñamos en levantar bien a lo alto el recuerdo de un hombre como si fuese el airón de una nueva cruzada, de la cruzada biológica que tanto anhelamos para Cuba. Plasencia fue un impulso que se perdió. Es un deber cubano ir a buscarlo, para dejar aquella energía en las manos de quienes, jóvenes aún, estén ávidos por seguir rutas de luz en la investigación científica.

Sabido es que don Santiago Ramón y Cajal, cumbre del pensamiento biológico español, daba mayor importancia a la voluntad que al talento, significando el inmenso valor de lo que él llamaba la "atención crónica", la orientación permanente de todas nuestras facultades hacia un objeto de estudio. Haciendo gala de esto, con su gracejo peculiar, solía decir aquel sabio aragonés que una gran parte del éxito de sus descubrimientos la debía a su tozudez baturra. Si es esta la virtud fundamental del hombre de ciencia, si necesita él más que nadie el impulso perseverante y tenaz, esa fuerza oculta que en Francia llaman "esprit de suite", espíritu de seguir, de perseverar, de continuar contra toda circunstancia desfavorable y todo ambiente hostil, nadie como Leonel Plasencia, en esta Cuba nuestra, después de Finlay, podría servir de ejemplo y guía para los que quieran arrancar de la muerte una vida.

Sin hipérbole, podemos afirmar que si alguna vez la voluntad, como fuerza cósmica, quiso un día humanizarse; ese día nació Leonel Plasencia. En esto hay mucho de lugar común, mas con Neruo diremos que "sea loado por su límpida prosapia" y adrede lo usamos porque nunca fue verdad tan grande como ahora. La vida egregia de este sabio cubano, modesto y sencillo, con voluntad de yogi y singular talento para la investigación, es sólo comparable a la del eximio aragonés que fue su guía y su mentor.

Corría el año de 1917 cuando, meses después de graduarnos de médico, fuimos llamados por el maestro para trabajar a su lado, al frente de la sección biológica de su laboratorio. Allí empezamos a laborar con él en la intimidad del pequeño salón que dedicaba a sus investigaciones. Lo habíamos conocido antes, en el bregar

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 145

de las aulas universitarias, porque fuimos alumnos de su cátedra de Microscopía y Química Clínica; aquel roce efímero sirvió para admirarlo como profesor de altas calidades y pedagogo que sólo aspira a ser entendido. Nunca pretendió deslumbrar, su anhelo era sólo enseñar y con paciencia benedictina y palabra lenta iba de mesa en mesa mostrándonos las complicadas técnicas para llegar al mundo de lo ultra pequeño. Elevadísimo sentido de la justicia presidía sus actos en la cátedra. Jamás hubo alumno que no acatase su fallo adverso y la nota máxima era siempre homenaje y prueba de consagración al estudio. Cuando dudaba, su gran bondad lo conducía siempre al juicio benigno. Sus alumnos lo admiraban, pero hombre austero y de poco hablar no daba allí ocasión de amarle y comprender su grandeza interior, para esto era necesaria la convivencia íntima de su rincón de trabajo. El destino nos llevó allí durante varios años, casi hasta su muerte. Allí conocimos bien a aquel hombre de talla mediana, de anchos hombros de gladiador, de frente despejada y mirada de santo. Jamás vimos el rencor, ni la duda, ni la ambición, ni la tristeza del bien ajeno en aquellos ojos llenos de ciencia, de ternura humana y de bondad sin límites. De cejas anchas y espesas, con amplio mostacho que cubría la sonrisa eterna de su rostro, su voz grave, pausada y siempre queda, parecía hecha para convencer con argumento de sabio, o advertir con delicadezas de padre bueno.

El maestro que ahora evocamos fue, además, un gran señor de la educación, pero no de la que se adquiere, sino de la que se trae a la vida en la entraña del espíritu, no sabemos de dónde, esa cosa sutil que parece acompañar siempre al alto valor humano —llámese sabio, héroe o santo— sin percibirla quien la lleva, como decía Cristina de Suecia que era la condición primordial de un buen perfume. Quizás esta fuera su faceta anímica más destacada. Por poseerla en grado sumo fue demasiado sensible a la mordida humana, que lo llevó a la muerte a los 46 años. Parafraseando los conocidos versos de Martí, podríamos afirmar que si han dicho que murió del corazón, nosotros sabemos que fue de mal de vileza. La perfidia, la deslealtad, la hedentina humana mataron de dolor en una noche al maestro bueno que a fuerza de buscar verdades científicas no tuvo tiempo de enterarse un poco de la felonía humana y confió demasiado. Al conocer un fraude del que fue víctima, su corazón de santo no quiso vivir más y se detuvo en síncope. Así murió Merthelot, el gran químico e investigador francés. Hasta en esa muerte inesperada nos quiso dar Plasencia su última lección. Esa noche aprendimos también junto a su cuerpo inerte. Había nacido en Madrugada el 5 de enero de 1877.

Murió en La Habana el 17 de enero de 1923. Cuarenta y seis años de una vida limpia y fecunda, dedicada por entero a la ciencia y a su hogar.

Sólo una mirada en perspectiva sería posible ahora a aquel vivir tan breve y a la vez tan fértil.

Hizo sus primeros estudios en un pequeño colegio llamado "El Progreso" bajo la dirección de Ricardo de la Torre. Fue allí compañero de nuestro ilustre amigo el doctor Benigno Souza. Pasó luego a los Escolapios de Guanabacoa donde inició la segunda enseñanza para continuarla en España y obtener allí el título de bachiller. Comenzó también en Madrid los estudios de Medicina y fue discípulo muy querido de don Santiago Ramón y Cajal. El grado de Doctor en Medicina lo obtuvo en Cuba (1896), pero los años que pasó junto a Cajal fueron definitivos para su vida por la profunda huella que le dejara el gran maestro español de quien asimiló método, técnicas de investigación, sistema de trabajo y el amor pasional y obsesivo por la verdad científica. Hoy, que por conocer muy bien a Cajal y por haber estudiado muy de cerca su obra extraordinaria, nosotros hemos llegado a pensar que ha sido la figura humana más excelsa de toda la ciencia universal, porque acaso fue el único hombre que llegó a lo genial por la vía del talento sin ser genio y ya sabemos que el genio como el criminal nato es un irresponsable. Confesamos que nuestra fervorosa admiración por aquel hombre excepcional comenzó en nuestra mocedad, cuando empezamos a conocer su recia personalidad a través de Plasencia.

Muy joven aún, cuando cumplía los diez y nueve años, se unió Plasencia en matrimonio con la señorita María Magdalena Maydagán y Hernández a quien siempre reconocía en sus escritos como inspiradora de toda su obra. Compañera y estímulo de aquel gran hombre, que esta noche nos hace el homenaje de su presencia. De ese amor que llenó su vida dejó al morir nueve hijos, entre los cuales se destacan médicos y laboratoristas que han recogido la alta herencia científica y son hoy, en nuestra clase, figuras de gran prestigio. Aquí se encuentran también estimulándonos a la evocación de aquel egregio espíritu.

Muy joven también se entregó de lleno a su otro amor: al de la ciencia biológica y, aunque al inicio de su carrera hizo ciertos tanteos quirúrgicos, los estudios microscópicos fueron al fin el complemento de su vida. En 1902 se une con el doctor Alfredo Martínez, farmacéutico establecido en Consulado y Animas y fundan

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 147

allí un centro de estudios microscópicos y bioquímicos que inició en Cuba una era de gran proyección histórica al hacer de la investigación de laboratorio un elemento de diagnóstico al servicio del médico práctico.

Años después (1910) establece su famoso laboratorio "Leonel Plasencia" en la calle de la Amargura números 59 y 61. De esta institución puede decirse que fue el más destacado y prestigioso laboratorio clínico y biológico existente en Cuba en el primer cuarto de siglo actual. Toda investigación seria indicada a un enfermo era allí realizada con insuperable maestría y probidad científica. Los médicos más notables de Cuba enviaban allí sus exámenes y análisis. Fue en ese laboratorio donde trabajamos con el ilustre maestro casi hasta su muerte. Allí iban nuestros más destacados profesores y clínicos a escuchar de los propios labios del maestro Plasencia los detalles de las investigaciones realizadas. Allí estaba siempre Cabrera Saavedra en charla científica con Plasencia. Cabrera Saavedra fue, sin duda, quien hizo conocer entre nosotros la necesidad del laboratorio al servicio del médico. Fue Plasencia quien dio vida a la institución que Cabrera pedía. Unidos así por la amistad y por la ciencia allí estaban siempre con idéntico anhelo de superación. Nosotros, con apenas 24 años, alejados del diálogo, mirábamos al laboratorista con veneración de maestro y al clínico inolvidable con el respeto de viejo cliente ya que nos había resuelto todos los problemas de una infancia un poco complicada.

Su laboratorio era su vida misma, del que sólo se ausentaba para entregar su tiempo a las actividades académicas. Plasencia fue profesor titular de Microscopía y Química Clínica de nuestra universidad, cátedra a la que dio gloria y prestigio con su vigorosa personalidad científica. A ella llegó a la antigua usanza, comenzó de simple ayudante y ascendió siempre por concurso de méritos o por oposición. Es verdad que no se conocía entonces la universidad "progresista" que hoy padecemos y que él, con videncia de genio, profetizó en un memorable documento leído ante el claustro hace treinta años.

Su cátedra fue siempre lugar de cita no sólo para alumnos, sino también para graduados.

La obra científica de Plasencia, grande y muy valiosa, manifiesta en todos sus aspectos la inquietud investigadora que lo dominaba con pasión vehemente. Su propia tesis de doctorado

que tituló “Ensayo etiológico de la tuberculosis en La Habana” es un trabajo de empeños originales y de personal opinión que ya anunciaba al futuro investigador.

En las innumerables publicaciones que siguieron abundan los ensayos, los intentos de métodos y técnicas nuevas, las contribuciones personales a determinados estudios, las significaciones de algunos fenómenos a través de su interpretación personal. Huye siempre de la bibliografía y la erudición para producir ideas propias llenas de originalidad.

Viviendo en un momento histórico en que la Medicina entre nosotros era sólo preocupación de prácticos en el arte de curar enfermos, cuando el recibir y leer revistas médicas extranjeras era lujo de unos cuantos privilegiados y cuando, muerto ya Finlay, parecía que entre nosotros no había ya nada que investigar, Plasencia fue el primer cubano que, desdeñando las cifras y niveles de la química sanguínea y de los conteos globulares dados por estadísticas extranjeras, se propuso establecer su estudio en nuestro medio, que ofreciera las cantidades propias de Cuba. Después de riguroso trabajo de búsqueda afanosa, dejó establecida la fórmula hemoleucocitaria de Cuba en su ponencia oficial al IV Congreso Médico celebrado entre nosotros. Su estudio sobre las leucemias en Cuba dejó también definitivas normas de interpretación para nuestro medio.

Su libro sobre Microscopía y Química Clínica, hecho en colaboración con el doctor Emilio Martínez, fue único en su época y puede afirmarse que sirvió de guía orientadora en los laboratorios que le siguieron.

Hizo pacientes estudios antropométricos en la población cubana —hombres y niños— para establecer promedios. Estudió también las unidades urológicas en nuestro país, y estableció cifras que aún están vigentes.

En los últimos años de su vida explicaba ex cátedra un curso libre especial sobre los fenómenos fisicoquímicos que tienen lugar en los seres vivientes. En estas conferencias columbraba ya la energética moderna de la ciencia atómica.

Espíritu inquieto en sumo grado, no permanecía un solo momento ocioso, sin que alguna preocupación de orden científico no le estuviese molestando el pensamiento.

El último de los problemas a los que dedicó su vigorosa atención fue al gran misterio del cáncer. Si la vida le hubiese dado

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 149

tiempo no sabemos a dónde hubiera llegado su penetrante voluntad de investigador contumaz. La conocimos como nunca hacia octubre del año 1918 cuando, trabajando a su lado apareció en Cuba una enfermedad que, al principio, desconcertó un poco a los clínicos de la época. Había aparecido también en Norteamérica donde produjo una verdadera confusión entre los más eminentes médicos y bacteriólogos. En New York morían 360 personas diariamente. En España había hecho estragos impresionantes. Tuvimos noticia de que en Barcelona se producía un promedio de 250 muertes por día. A fines de octubre ya teníamos en La Habana unos 25 000 enfermos.

Finalizaba la Primera Guerra Mundial. Alemania y sus satélites veían caer sus fuerzas ante el poderío aliado. La imaginación popular creyó ver —rápida— en la epidemia un último esfuerzo de la ciencia alemana y la prensa de la época habló de gases mortíferos, de guerra bacteriana, de la posibilidad de un tóxico sutil esparcido por medios ignorados, etc. En verdad, nadie sospechó en los primeros días que se trataba de la gripe y muchos creyeron que era una enfermedad nueva que aparecía con caracteres misteriosos.

La Junta Nacional de Sanidad, presidida entonces por la figura venerable de Diego Tamayo, precisó al fin que se trataba de una enfermedad infecciosa: la gripe a forma pandémica grave, la "influenza vera", aunque de germen específico no determinado. Semanas después aparecieron los casos típicos. Se hablaba entonces de "influenza española", nombre injustificado y erróneo, ya que la epidemia había sido originada en las trincheras alemanas, propagándose después por Francia y España, de donde pasó a Inglaterra y de allí a los Estados Unidos y a Cuba. Posiblemente el origen del nombre fue la coincidencia de nuestros primeros casos con la llegada a nuestro puerto del trasatlántico español "Alfonso XII" que venía totalmente infectado en su tripulación y pasaje, con alta mortalidad. El ataque súbito con alta fiebre y postración profunda, seguida de complicaciones hemorrágicas y muerte, fue lo que al principio desorientó un poco a la opinión médica. Recordamos que un clínico eminente de la época nos dijo muy sincero y un poco mohíno: —Si eso es gripe, confieso que hasta ahora la desconocía. En verdad era gripe, pero en su forma más tóxica y manifestándose con síndromes atípicos y fulminantes: hemorrágicos, sincópaes o convulsivos.

No era la primera vez que el mundo se veía azotado por esa enfermedad. A través de la Historia se citan famosas pandemias

y en cada una de ellas se le ha dado a esta enfermedad distintos nombres. Gripe parece proceder del verbo francés "agripper" que significa arrebatar, coger con violencia. "Influenza" es una palabra italiana que significa influencia, aplicada en este caso por la indiscutible influencia cósmica que parece existir cuando la enfermedad aparece bruscamente en grandes masas humanas. En España, el humor callejero se manifestó cuando la grave epidemia de que hablamos la llamó "el once", porque decían que empieza con uno y acaba con uno. Se le ha llamado también "el trancazo" por la brusquedad de su comienzo y las molestias subjetivas de los primeros días. Actualmente ha aparecido, aunque benigna, en algunos lugares de Europa y entre nosotros. Ya en Madrid han dado en llamarla "la coreana" porque la fiebre siempre pasa —dicen ellos— del paralelo 38.

Algunos pueblos la consideraron como castigo de Dios y fue tan grande el terror que cuando alguien estornudaba, síntoma premonitorio de los fenómenos catarrales, se le decía siempre "Dominus tecum" (Que el Señor esté contigo). Fue este el origen de invocar el nombre de Jesús ante el estomudo de alguien; cortesía, como otras muchas, ya desusada.

En una de estas epidemias, hacia fines del siglo pasado describió Pfeiffer, bacteriólogo alemán de gran prestigio, su "bacillus influenzae" que consideró como agente causal de la enfermedad. Sus ideas prevalecieron algunos años, pero después se ha dudado mucho de la especificidad del germen descubierto por Pfeiffer.

Con noticias de la gran epidemia de Europa y ya bien caracterizada entre nosotros, brindaba un amplio horizonte a la investigación y fue Plasencia quien inició rápido una búsqueda afanosa y tenaz para conocer qué gérmenes originaban aquel desastre. Sin pérdida de tiempo nos envió al Mariel, donde estaban asilados los enfermos más graves traídos por el vapor "Alfonso XII". Allí fuimos varias veces a recoger directamente de la faringe de esos enfermos el exudado que luego estudiábamos en el laboratorio, haciendo frotis para visión microscópica directa, realizando siembras y practicando la inoculación experimental en animales.

¡No podemos olvidar aquellos meses pasados integralmente junto al microscopio...!

El maestro Plasencia se superaba en su ejemplaridad para el trabajo continuado. Horas, días, meses tras meses, sin fatiga ni tregua, persiguiendo siempre al enemigo invisible escondido

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 151

en aquel exudado virulento que mataba en dos horas a un conejillo de Indias.

Frente a un amplio ventanal, ante larga mesa blanca de cristal, teníamos nuestros microscopios y allí vivíamos en deliciosa intimidad frente a la verdad científica que se nos escapaba entre las manos. Fue entonces cuando conocimos el genial poder de observación de aquel maestro inolvidable.

Apenas habían transcurrido unas semanas cuando se nos acerca el doctor Plasencia y nos dice:

—Mira por aquí —refiriéndose a su microscopio— y dime, ¿qué ves... ? Se trataba de una preparación coloreada de exudado bronquial riquísima en germen. Gran cantidad de estafilococos, estreptococos, "micrococcus catarrhalis", neumococos y otros gérmenes de forma cocobacilar llenaban el campo. Nada notable se podía observar. Era el aspecto microscópico corriente de una preparación de ese tipo. Así se lo dijimos después de mirar uno minutos.

—Vea de nuevo —nos dice. Observe hacia un lado del campo a un cocobacilo un poco más grueso que el de Pfeiffer y dispuesto en pequeños grupos.

—Lo vemos bien —respondimos...

—Pues ahí está el germen que buscamos —nos dice con el rostro iluminado. Hace días que lo estudio. Su presencia casi constante me llamó la atención desde el primer momento. Al principio creí que era el bacilo de Pfeiffer.

—No es primera vez que lo vemos —le dijimos— y siempre lo hemos considerado así.

—Pues no lo es —responde rápido. Me ha llamado la atención que este germen, muy parecido al de Pfeiffer, no se dispone en las preparaciones en igual forma que este. Tengo la convicción de que se trata de un germen no identificado que juega un papel bien definido en esta epidemia. Vamos a dedicarnos ahora a estudiar sus características biológicas y su patogenicidad. No busques más... V se alejó de nosotros para preparar las nuevas rutas de la investigación.

Días después ya estaba bien precisada la biología de aquel germen descubierto por Plasencia, a cuyo estudio amplio dedicamos varios meses, en colaboración íntima y valiosa con dos compañeros distinguidísimos: los doctores Félix Hurtado y Eugenio

Torroella, y se logró establecer muy bien su identidad. Y aquí empezaron de nuevo las inoculaciones experimentales acaso con más brío y tenacidad que antes...

¡Qué extraordinaria labor la de aquel hombre excepcional...! La apretada síntesis que intentamos en estas palabras no nos permite narrar todos los aspectos de aquel trabajo, ni todas las facetas de aquel carácter que nos guiaba.

Alerta siempre a la constante posibilidad de error en los trabajos experimentales, nos avisaba con incansable perseverancia para que no fuésemos a ver lo que deseábamos ver, sino lo que en realidad existía. Y nos hablaba siempre del inconveniente del juicio preformado, del prejuicio. Y nos advertía también para que no trajésemos dogmas científicos al laboratorio. Si el dogmatismo llega a lo científico —nos decía— queda destruido el investigador. Ya no busca; se limita a afirmar... Plasencia no fue dogmático, pero tenía un hermoso sentido místico de la vida que lo hizo un gran creyente y a la vez un espíritu de un verdadero sabio, cordialísimo con la tolerancia humana.

Austero, con elegante naturalidad, nos recordaba la escuela estoica de Epicteto. Habíamos leído en Balmes que el hombre estoico es un ser ideal forjado por esta escuela y nos decíamos al observar a Plasencia, que no andaba muy en razón el filósofo vicense. Plasencia lo fue por temperamento y lo fue aún más por ser integralmente cristiano.

Podría objetárenos que su muerte por dolor moral no parece corresponder a un verdadero estoico. Es que los efectos metabólicos de la emoción en su fase visceral o vegetativa, la "psicoclasia" como verdadero fenómeno de anafilaxia psíquica, no está bajo el dominio de nuestra voluntad. Fue este también el caso del doctor John Hunter, el gran médico escocés que tanta luz diera al estudio de la angina de pecho, describiéndola en él mismo. A menudo decía: "Mi vida está a la merced de cualquier bribón que me dé un disgusto..." Y fue el Director del hospital "San Jorge" quien cumplió la triste misión de matar a Hunter al hacerlo víctima de una injusticia.

En verdad, el estoicismo con actitud filosófica frente a la vida es una calidad del pensamiento, ajena por completo a cuanto pasa en el resto de nuestra personalidad visceral.

Ni en momentos duros vimos a Plasencia enojado o colérico. Poseía aquella "alegría perfecta" que Francisco de Asís recomendaba siempre,

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 153

y hasta llegó a exigir a sus frailes menores en la primera de sus reglas. Es que la alegría interior es índice de grandeza. "Calidad de héroes" decía Carlyle.

Recordad que Teresa de Jesús, al recomendar la santidad a sus hermanas, les pedía que no fuese una santidad melancólica y triste. Ser santa por estar triste no tiene mérito —les decía— y les aconsejaba la broma y el donaire lícito de gente discreta. El maestro que ahora evocamos no estaba nunca triste. Poseía aquella "risa honrada" de que hablara Walter Scott.

¡Cómo reía en cierta ocasión en que le hicimos ver hasta dónde había llegado su paciencia...!

Observaba él la marcha de la temperatura y la evolución de la enfermedad experimental provocada en un mono, un hermoso ejemplar de "Macacus rhesus" a quien había inoculado por las amígdalas el germen por él descubierto, a sugerencia de Cabrera Saavedra. Días y noches se pasaba junto a la jaula acumulando notas sin perder el detalle más pequeño. Fue tan grande su constancia, fueron tantas las veces que tomó la temperatura que, sin quererlo, acondicionó un reflejo y ya el macaco, marchito por la gripe, sacaba su mano por la reja y tomando el termómetro de una mesa próxima él mismo se lo ponía, aunque es verdad que a veces con el mercurio hacia afuera.

Cuando le hicimos advertir a Plasencia lo que había hecho su constancia reía divertidísimo, sin poner atención al límite extraordinario a que había llegado su disciplina, ya que era costumbre en él no dar importancia a cuanto hacía.

¿Hasta dónde llegó Plasencia en su verdad científica? No lo sabemos, pero tenemos algunos índices que pudieran servir para orientarnos.

Poco tiempo después de su descubrimiento aparecieron otros investigadores en distintos países señalando como el principal agente de la epidemia a un germen que, a juzgar por las características encontradas, era el descrito por Plasencia. Mac Instoch en Londres, Bloomfield y Harrp en Baltimore y Maldonado en España, parece que coincidieron con él.

Fue también muy sospechoso el alud de censuras, críticas y hasta calumnias que a Plasencia alcanzaron, tan pronto como dio a conocer sus ideas en nuestras sociedades científicas. No sin cierta tristeza recordamos aquellas polémicas apasionadas

e injustas cuando la crítica humana muerde duro, es porque hay mérito — nos decíamos. Plasencia había cometido el grave delito de trabajar más que nadie en busca de una verdad nueva. La Historia enseña cómo se pagan estas cosas.

Pero hay algo más a su favor. Cuando la crítica arreciaba, no pudimos soportar más tiempo la actitud pasiva y pidiendo al maestro unos tubos de cultivo bien preparados para su traslado, nos fuimos a Norteamérica para dejarlos en manos de Noguchi, el gran investigador japonés, que entonces trabajaba en el instituto Rockefeller de New York. Allí lo encontramos empeñado en sus famosos trabajos sobre la fiebre amarilla que le costaron la vida. ¡Con qué concentrada atención nos escuchaba, mientras le explicábamos la fecunda labor de Plasencia! Recogió de nuestras manos dos tubos de cultivo de aquel germen discutido y los puso con gran cuidado en la incubadora, ofreciéndonos hacer rápidamente nuevas siembras y estudiarlo para darnos su opinión. Cuando salíamos de su laboratorio contrastábamos en silencio la encantadora sencillez de aquel gran hombre, con el énfasis sistemático de los que aquí discutían a Plasencia.

Días después dejábamos otros dos tubos de cultivo en manos de los bacteriólogos del Bureau de Salud Pública de Washington, quienes también se dispusieron a estudiar el germen y sus posibilidades de patogenicidad. No tardaron ambos jueces en emitir su informe: Se trata —dijeron— de una bacteria desconocida hasta ahora, que contiene una endotoxina muy activa de acción específica pulmonar. Si se ha comprobado su predominio en la mayor parte de los enfermos de esta epidemia, puede considerarse como su germen más destacado. El descubrimiento de Plasencia, combatido en Cuba, recibía así la ratificación extranjera.

Pero aún hay más. Si buscásemos nuevas razones para convencernos de su valioso aporte a la ciencia, nos basta observar que hace ahora treinta y tres años de aquel descubrimiento y hasta hoy creemos que sea esta la primera referencia pública que de él se hace. Silencio tan largo no suele rodear a una gran mentira. Es el homenaje de una generación que calla, hasta que sea otra la que hable. Además, la historia, y de modo especial la contemporánea, parece empeñada en enseñarnos cómo se regodea la humanidad con los grandes mitos, mientras se ocultan verdades eternas.

Hoy se sabe también que la gripe, una de las enfermedades más contagiosas entre las conocidas, aunque no tiene bien defi

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 155

nido su origen, puede considerarse producida por un virus filtrable. La idea no es nueva. Ya en época de Plasencia se pensó en esa posibilidad y el propio investigador no desechaba la creencia de que hubiese un virus asociado. Es bien sabido además, que no todas las epidemias han coincidido en el predominio de determinado germen en las asociaciones bacterianas que siempre han presentado. Plasencia habló solamente de la pandemia de 1918.

Aún los investigadores modernos que señalan a la gripe un origen viral, aceptan la necesidad de una asociación microbiana para producir el aspecto típico de la enfermedad, como si el virus fuese —dicen algunos— una infección primaria que acondicionase la fase bacteriana.

Plasencia ha dejado así un amplio horizonte abierto a la investigación y serán las nuevas epidemias las que servirán para dilucidar toda la verdad que *silenció* su muerte.

No queremos cerrar estas palabras sin dejar de contaros una pequeña anécdota que es a la vez la historia de la preparación que habéis visto y que os servirá para conocer mejor aún la firmeza y la voluntad de aquel hombre excepcional.

Plasencia había ya dado el nombre de "bacillus influenza motilis" al germen que había descubierto, significando así que se trataba de una bacteria móvil. Esta última condición, aunque en verdad se trataba de un movimiento muy lento, lo llevó a la sospecha de que el germen tendría flagelos o cilios, prolongaciones finísimas que en número de una o más tienen algunas bacterias, para cuya visualización —muy difícil a veces— se necesitan técnicas de coloración especiales, de penosa y ardua realización.

Una mañana nos invita a sentarnos junto a él con sendos microscopios y material de coloración para ambos, con el objeto de obtener una buena preparación coloreada de los flagelos, en caso de que estos existiesen. Nos dispusimos a trabajar en la gratísima compañía del maestro y de aquel gran médico y gran patriota que fue el inolvidable doctor Hugo Roberts, quien acudía con frecuencia al laboratorio, por afición, brindándose siempre a cooperar en aquellas labores de que tanto gustaba.

Caía la tarde y estábamos los tres con gran cantidad de preparaciones acumuladas, sin haber logrado una sola coloración de flagelos.

Roberts y nosotros, ya muy fatigados, nos mirábamos dudando. Plasencia seguía buscándolos, convencido que existían sin haberlos visto.

Las ocho de la noche marcó el límite de nuestra paciencia. El maestro nos despide con su eterna sonrisa de comprensión.

Ya en la calle, Roberts y nosotros, coincidíamos en que buscábamos algo inexistente, o inaccesible al colorante de Lóeffler.

Eran las nueve de la mañana del día siguiente cuando llegamos al laboratorio a reanudar la tarea inconclusa...

En el mismo sitio, frente al microscopio donde lo habíamos dejado, estaba el maestro. Su rostro y su mirada reflejaban una gran fatiga. Al vernos, rápido, nos llamó para que mirásemos por su microscopio una preparación que estudiaba. ¡Qué gran sorpresa! Allí estaban los flagelos que buscábamos. Los había logrado colorear hacía unos minutos. Pero lo que más nos atraía y admiraba no eran aquellos cilios que veíamos, sino lo que ya casi adivinábamos que había hecho Plasencia.

Con las manos manchadas por los colorantes, con las mangas de la camisa puestas al codo —¿no era así como Martí quería siempre llegar a la verdad?— la bata de trabajo sobre la mesa, el cuello abierto y deshecha la corbata; la cabeza casi perdida entre montañas de preparaciones, sudoroso y cansado, sin la pulcritud que le era habitual... Todo nos hablaba de un gran esfuerzo prolongado que nos producía un asombro mayor que la preparación lograda. Con mayor interés puesto en lo que sospechábamos que en lo que veíamos, no pudimos callar más tiempo y preguntamos:

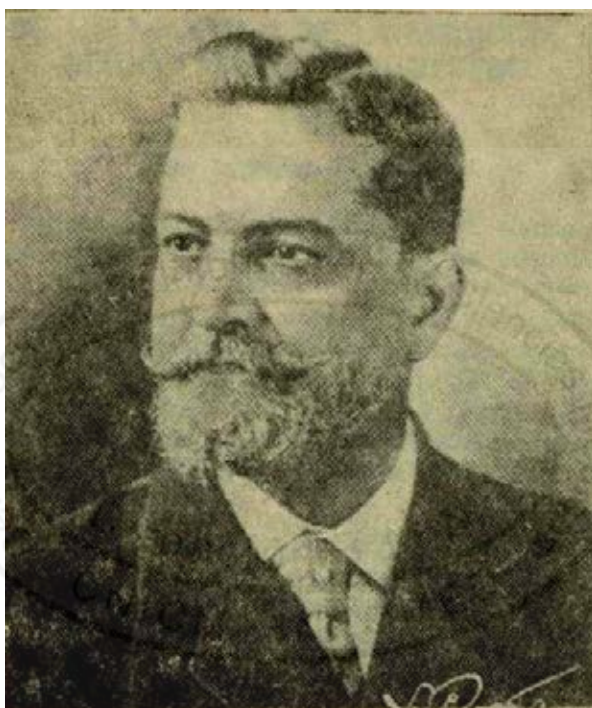
—Doctor, ¿es posible que desde ayer en que nos despedimos, no se haya usted movido de este sitio?

Como niño sorprendido en una travesura, no quiso contestarnos rápido. Contento y feliz por haber logrado su propósito, se encogió de hombros riéndose.

Minutos después nos mira, diciéndonos:

—Fue necesario...

Y nosotros ya estábamos viendo, con la imaginación alocada y absorta, la excelsa figura de Ramón y Cajal que nos parecía sonreír a su lado...



*Dr. Diego Tamayo y Figueredo 29
septiembre 1852 — 2 octubre 1926*